

## LA SELVA BLANCA

Lejos de la llamada del cálao, un sonido agudo intermitente me despertó de un sueño profundo. Observé lentamente a mi alrededor lo que la penumbra me permitió. Destacaba un armario de color marfil que unía el suelo con el techo mientras que, en frente, un termitero de libros de idioma desconocido se apilaba en un desorden perfecto. Próximo a éste dos plantas trepadoras jugaban con la gravedad en sus maceteros colgantes, probablemente intentando encontrar su verdadero lugar. A través de la ventana entreabierta no entraba brisa alguna, en su lugar unas aspas colgaban del techo danzando en círculos rítmicos. Y mi cabeza con ellas. De repente se sucedieron tres suaves golpes tras la puerta antes de que ella iluminase aquella habitación.

Lo primero que veías al mirarla era una sonrisa que casi no cabía en su blanca cara redonda. El cabello siempre enredado, a pesar de que se encargaba de recogerlo con la ayuda de una gran diadema de colores. Se expresaba abriendo los ojos y gesticulando con emoción, moviéndose como si hubiera dormido toda la noche junto a las pulgas del ganado, y, aunque a veces confundía fonéticamente unas palabras por otras, nunca había escuchado el suajili tan hermoso.

—Buenos días —acepté su beso en la mejilla, ella mi apretón de manos. Al fin y al cabo la costumbre más importante es cuidar a tu familia.

Toda la casa olía a pan recién hecho. Desde que tengo memoria, el desayuno es mi momento favorito del día. Mi padre me enseñó que, además, es la única comida que te permite trabajar feliz en las plantaciones de matooke.

—Hoy debemos desayunar de pie y rápido, tengo algo que enseñarte —ella mantenía ocupados cuerpo y mente cada minuto así que cuando decía tener prisa, una estaba preocupada.

El té me hizo entrar en calor, la fruta recordar y las tostadas volver a reír. Al salir de casa nos recibió un cielo sin nubes, pero ella insistió en que el camino tenía muchos kilómetros como para recorrerlo a pie. Un verde y gigantesco daladala, capaz de transportar como mínimo a quince familias juntas, fue nuestro medio de transporte. La ventanilla, a modo de televisión, mostraba un paisaje apagado coronado por cuatro torres de hierro envueltas en una densa niebla marrón. Pregunté por el Dios de aquel lugar encantado, pero parecía que allí únicamente veneraban a los chelines. Jugamos a las adivinanzas durante todo el trayecto.

Cuando llegamos a nuestra parada el escenario había cambiado por completo. Una carretera ancha como el lago Bunyonyi separaba blancos palacios de piedra, compitiendo estos últimos por satisfacer al horizonte. Aquella simetría y pureza contrastaba con los diferentes rostros que se cruzaban con mi mirada. Tan diferentes pero tan similares, caminaban acelerados todos en silencio sin saludar al resto de personas que transitaba la misma calle. Era desagradable andar entre personas maleducadas. En aquel lugar únicamente se comunicaban los vehículos y los músicos callejeros ya que hasta los árboles, incapaces de dar sombra, estaban separados unos de otros por jardineras. Un paso después de otro nos condujo al destino. Para poder cruzar la puerta tuvimos que hablar con una mujer cuyo cabello podría confundirse con las remolachas que yo solía vender en el mercado. Nos regaló un plano con una sonrisa, así que le pedí a ella que la preguntara por su familia y las últimas noticias de aquel sitio. Hablaron largo y tendido hasta que se articuló tras nosotras una hilera de personas de mirada enfadada. Reí en mi interior, nunca había visto pizozapatos tan ordenados.

Por fin el tráfico enmudeció. Entre jardines y estatuas ella relataba con digna entonación expediciones de exploradores, y cómo antaño fueron descubiertas las plantas que hoy en día nos curan el estómago, la mente y el corazón. De vez en cuando pausaba sus

historias para saludar a otros rostros blancos, al parecer compañeros de sus investigaciones alrededor del mundo. Perdí la noción del tiempo, hasta que en aquella pacífica atmósfera ella se detuvo para cubrir mis ojos con su pañuelo. Me guio lentamente hacia lo desconocido mientras el resto de mis sentidos se desarrollaban cada vez más. Escuché una puerta abrirse. El calor presionada los poros de mi piel y un olor a tierra húmeda removió con escalofríos mi cuerpo. No necesitaba ver para saber qué me rodeaba. Ella respetó todos y cada uno de los minutos que pasaron hasta que, nerviosa, me desprendí de su pañuelo. Ante mí se articulaba un lúcido bosque tropical. Dancé entre las plantas mientras mi mano inspeccionaba el tacto de las hojas carnosas, ahora era yo quien contaba las viejas fábulas que aprendí de mis tías. Mi felicidad, sin embargo, se difuminó después de dirigir los ojos al cielo. Es costumbre blanca encerrar todo aquello que consideran bello.

–Vosotros dais muerte a la selva allí donde ésta eligió echar raíces, pero luego admiráis su grandeza en vuestros hogares mientras ésta sufre cautiva y escondida entre cristales. El león nunca podrá ser domesticado.

–Abre tu corazón, por esa misma razón este jardín debe existir. En mi selva el alimento no crece, hace calor pero no llueve, y en su extensión abundan árboles de piedra creados por el hombre que no respiran nunca. Aquí las personas pueden entender, soñar y comenzar a ser –con cada palabra ella se apagaba e hizo mía su tristeza.

–Mí poblado es tu poblado –extendí mis manos vacías y sostuve las suyas con firmeza – no perteneces al lugar del que vienes sino a aquel en el que encuentras tu tesoro.

Callamos el hambre observando el rojizo atardecer, no todos los colores se habían perdido al abandonar África. El azúcar del chocolate no impidió que me durmiera en el trayecto de vuelta a casa. Una vez dentro, ella colocó delicadamente en la nevera el

plano debajo de nuestra fotografía familiar. Como cada noche antes de dormir, me permití mirar aquellos tres rostros cuyas facciones conocía de memoria. Acordamos sin entretenernos lo que haríamos a la mañana siguiente, y cada una se dirigió camino del descanso. Allí seguían el armario, los libros, las plantas y el ventilador. Una habitación vacía llena de objetos, una habitación silenciosa que no se podía compartir. Tumbé mi cuerpo largo y pesado, cerré los ojos y volví a escuchar el grito de mi hijo en el mar.